



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

Epistolarios de escritores: escritura y persona



«Parezco tardío y premioso en la novela y es todo lo contrario. *La Regenta*, que al parecer me llevó tanto tiempo, la escribí como pocos habrán escrito por lo tocante a la celeridad. Lo que hay es que dedico muy poco tiempo a la materialidad de escribir; en cambio, allá en mis adentros, hago sobre cada tema diez o doce que se me olvidan. Digo esto porque no es elogio propio, sino hasta lo contrario en opinión de muchos. Tendrán razón, la tienen, de fijo, pero de mí puedo decir, que o escribo deprisa o no escribo.»

Este fragmento de una carta de Leopoldo Alas, «Clarín», a su querido amigo el crítico catalán José Yxart es suficientemente reveladora de los entresijos en los que surge una obra literaria, en este caso *La Regenta*. Lo que importa es la novela, evidentemente, pero ante una narración tan magistral como ésta (uno de los hitos de la narrativa española del siglo XIX) es lógico este deseo, no sólo erudito, de conocer todo lo relacionado con su concepción y realización. No hay medio más apropiado para ello que rastrear la correspondencia de la época para formarnos una idea cabal de todo el proceso seguido por el autor.

En el caso de «Clarín» el material es abundante. Periódicas cartas se cruzaban entre el crítico metido a novelista (aunque a la larga haya sobresalido en esta actividad) y los escritores más conspicuos del momento, Armando Palacio Valdés, José María de Pereda, Marcelino Menéndez Pelayo, Emilia Pardo Bazán, Benito Pérez Galdós, Jacinto Octavio Picón, Narcís Oller y Francisco Giner de los Ríos expresan por este conducto su opinión sobre la obra que tímida pero tenazmente les recomienda su autor, al tiempo que se explaya con estos amigos sobre las dificultades con que ha tropezado o sobre las intenciones que hacen correr su pluma.

El conocimiento que todo este material nos ofrece sobre *La Regenta* es imprescindible para su análisis crítico y sabrosísimo para quienes desean profundizar en los aspectos humanos o literarios de su creación. Un estudio reciente de María José Tintoré¹ revela múltiples circunstancias de su escritura y los abundantes juicios que mereció, más elogiosos en las misivas particulares que en los papeles periódicos, aunque su investigación concluye que la acogida que se le tributó estuvo lejos de ser tan fría como siempre se ha creído.

En la correspondencia a que aludimos se aprecia claramente cómo ocultó a sus amigos que se encontraba escribiendo una novela que titularía *La Regenta*, o, al menos,

¹ María José Tintoré: *La Regenta de Clarín y la crítica de su tiempo. Prólogo de Antonio Vilanova. Barcelona, Lumen, 1987.*

casi todo lo relacionado con su contenido; no esconde, sin embargo, su miedo a ser tratado con dureza por quienes recibieron los varapalos que propinaba sin piedad en su cometido de crítico cuando una novela no le placía («¿Con qué cara voy a insultar en adelante a los demás?», pregunta a Galdós en un alarde de sinceridad).

También por el intercambio epistolar llegamos al conocimiento de los juicios que la lectura de *La Regenta* provocaba en sus ilustres corresponsales. Pérez Galdós, por ejemplo, le echa en cara «la preocupación por la lujuria» que trasluce la obra, opinión que explicita con el siguiente comentario: «Bien se me alcanza que toda la vida humana, como la tierra sobre sus polos, gira sobre el pivote del acto de la reproducción de la especie; pero así como en la vida no aparece éste sino en ciertas y determinadas ocasiones, porque la cultura lo disimula y como que quiere aparentar otra cosa, el libro debe a mi juicio ofrecer una veladura semejante».

Parecida apreciación encontramos también en Pereda quien, al lado de algunos elogios, no deja de expresar sus reparos. No aprueba el retrato que el novelista traza de la madre del Magistral, por «la flaqueza repugnante que Ud. le atribuye de proporcionar a su hijo criadas guapas y ponerlas a dormir cerca de él para que todo quede en casa». Concluye la carta dándole la enhorabuena con reservas, «porque al cabo se trata de un libro que en conciencia tengo que ocultar a la curiosidad inexperta de mi hijo mayor, que comienza ahora a reparar en las mujeres guapas y en las obras bien escritas».

Igualmente pacato se manifiesta Menéndez Pelayo, puesto que en su misiva, después de asegurar que la prosa de «Clarín» «ha ganado mucho en precisión, y al mismo tiempo en jugo y en virtud descriptiva», le confiesa que «no me acaban de parecer artísticos ciertos tonos crudos que harán de fijo que las gentes de Oviedo le saquen a Ud. los ojos».²

Pero no es de Leopoldo Alas de quien queremos hablar en exclusiva, sino de la importancia de los grandes epistolarios para formarnos una idea completa de la trayectoria humana y literaria de los más ilustres escritores. Al hilo de sus confidencias y de esa comunicación que fluye espontáneamente con los corresponsales más o menos amigos, se pueden reconstruir las peripecias de una existencia, las intenciones que llevan a la composición de una obra, las dificultades que encuentran en su redacción, los logros y fracasos en relación con los propósitos iniciales, el grado de satisfacción que manifiestan cuando el original es enviado a los editores, su estado de ánimo ante los comentarios o críticas recibidas y tantos otros aspectos que resulta curioso conocer si deseamos adentrarnos en los intrínquilis de un texto.

Los escritores españoles no han sido muy amigos de redactar cartas, como no lo han sido tampoco sus coetáneos de otras profesiones. Lo mismo ocurre con la falta de afición a confesarse con los diarios o a retratarse en las autobiografías y memorias. Parece una tara más de nuestra idiosincrasia, muy propicia a oropeles y vanidades, pero poco amante de ese desnudamiento que escritores de otros países practican sin rubor. Tradicionalmente les ha producido una incorregible vergüenza que sólo han vencido en ca-

² Marcelino Menéndez Pelayo: Epistolario. Edición Manuel Revuelta Sañudo. Tomo VII. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1984. Pág. 86.

sos aislados o para justificarse ante sucesos que les sobrepasan (verbigracia, los que vivieron y sufrieron la guerra civil).

En el caso de la ausencia de cartas pienso que deberíamos referirnos también a la pereza que nos invade ante esta forma de expresión. Nunca encontramos el momento apropiado para confiar al papel los juicios o notas que deseamos transmitir. No es que se rechace por principio este sistema, sino que lo postergamos para momentos alegres si estamos decaídos o para instantes más sosegados si nos hallamos excitados por la tensión de los acontecimientos. Si no hay más remedio que ponernos a ello, lo confiamos todo a una breve esquela que nos hace salir del paso de cualquier manera. «Otro día te escribiré más pausadamente...», mentimos. Porque ese día no llega nunca.

Otras razones apoyan tamaña pereza y dejadez. Por un lado, la propensión que manifestamos los españoles hacia la conversación: la comunicación oral prima sobre cualquier otra y fluye caudalosa en cualquier circunstancia y frente a cualquier prisa. Por otro, el respeto que sentimos hacia el papel impreso nos ha dominado en toda época: esa desconfianza aldeana a lo que se notifica por escrito inhibe muchas voluntades que no se atreven a exponer así los pensamientos o deseos más íntimos. *Scripta manent*, piensan muchos para sus adentros, y se escudan tras el recelo ancestral que les hace maliciarse del uso que pueda darse a las palabras que en un raptó de sinceridad desahogamos sobre el papel.

Son comportamientos que resultan incomprensibles en otros países con mayor tradición epistolar, con menor capacidad de relacionarse y confesarse con desconocidos. El impudor ante la revelación de intimidades no se vive allí como una transgresión pecaminosa que es un poso más de la cultura judeocristiana que nos sustenta, sino que el desnudamiento se efectúa de forma espontánea y no culpabilizadora.

Antes de su muerte, el escritor británico E. M. Forster, de quien son tan conocidas las novelas *Un pasaje a la India* y *El más largo viaje* como su homosexualidad, entregó al biógrafo que se había interesado por componer el relato de su existencia, un valioso material que incluía los diarios que había ido redactando durante años y la voluminosa correspondencia que conservaba. «Así ya se puede trabajar», nos comentaba admirativo el hispanista Ian Gibson que llevó dos décadas tratando de aquilatar al máximo todos los datos de interés en torno a Federico García Lorca y quien daría media vida por encontrarse sobre su mesa con todas las cartas que escribió o recibió el genial poeta granadino.

No hace mucho³ el académico Julio Caro Baroja se lamentaba públicamente de una carencia: la del género «curioso y peregrino», como definía al epistolar. Sin embargo, señalaba algunas excepciones, la de «algunas gentes que en el pasado siglo y a principios de éste gustaron de escribir y recibir cartas». Citó el caso de Unamuno (del que afirmó que su correspondencia era incalculable), Ortega y Giner de los Ríos. Deploró que otros escritores —entre los que se incluía— hubieran sido tan sobrios en este menester.

De tres escritores que afortunadamente no fueron sobrios en la aproximación escrita

³ En la presentación de la editorial *El Arquero* (15 de diciembre de 1987), cuyo primer libro es el que contiene la correspondencia entre Unamuno y Ortega, que más adelante comentaremos.

a los amigos, colegas o admiradores vamos a repasar su bibliografía. Tuvieron la suerte o la precaución de no perder tales hojas volanderas, que no en su totalidad, pero en una parte muy considerable han llegado hasta nosotros y han podido ser estudiadas por los especialistas en su obra o por los biógrafos, para extraer de ellas abundantes datos y pistas. De esta manera conocemos mejor sus libros, pero sobre todo así nos ha llegado un hálito de humanidad que les hace más cercanos y amigos.

1. Menéndez Pelayo: más de doce mil cartas

Sólo una inteligencia privilegiada y una capacidad de trabajo que supera en mucho los parámetros habituales explican la fecundidad de que hizo gala el polígrafo Marcelino Menéndez Pelayo a lo largo de su no larga vida. Los libros salían de su telar a velocidad parecida a la que entraban los volúmenes, incunables y raros en su bien dotada biblioteca de Santander, que constantemente tenía que ser ampliada para dar cabida a las muestras de su voracidad libresca.

La filosofía, bibliografía, crítica literaria, historia y erudición recibieron incesantes aportaciones con sus trabajos, que en algún punto pudieron resultar equivocados o mal orientados, pero que siempre supusieron un avance respecto a la ciencia de su tiempo y han servido de base para ulteriores desarrollos. Decenas de obras, investigaciones, traducciones y prólogos se le deben, pero su magisterio se extendió asimismo por conducto epistolar y las más de doce mil cartas recogidas (entre las enviadas y las recibidas) dan prueba de su fabulosa habilidad para compaginar la producción propia con el intercambio de noticias personales, de juicios sobre libros o acontecimientos de actualidad, directrices para futuros ensayos, consultas sobre cuestiones dudosas... Más de un intelectual de nuestros días acabaría agotado aunque sólo tuviera que atender a semejante volumen de correspondencia.

Dado que se trataba de un individuo que conservaba con esmero los papeles personales y que dispuso antes de su muerte todo lo relativo al uso y custodia de éstos y de su espléndida biblioteca, toda esa masa de cartas ha podido ser estudiada y divulgada. A partir de la fecha del fallecimiento (1912) los investigadores han ido teniendo acceso a este material y fruto del interés que han comprobado que posee es una verdadera floración de epistolarios particulares que han aparecido desde entonces. El prestigio de don Marcelino hizo que muchas de sus misivas, en poder de los destinatarios, fueran guardadas con interés por parte de éstos y publicadas por fin o entregadas a la Biblioteca de Menéndez Pelayo en Santander, que las ha dado a conocer.

A estas alturas son decenas los epistolarios publicados y aún salen otros nuevos, algunos con anotaciones exhaustivas, como el que hemos preparado con las cartas del erudito menorquín José María Quadrado. Habría que destacar las que contienen la correspondencia cruzada con «Clarín», Gumersindo Laverde, Milá y Fontanals, Echegaray, Morel-Fatio, Pereda, Pérez Galdós, Tamayo y Valera.

Pero si estas iniciativas tienen un notable interés, mucho más debemos celebrar la edición del epistolario completo que, con el patronazgo de la Fundación Universitaria Española, corre a cargo del actual director de su biblioteca, Manuel Revuelta Sañudo,

y que ya se encuentra más que mediado, puesto que ha llegado al volumen decimotercero.

Un viejo proyecto, que albergaron los sucesivos responsables de tal biblioteca y de la edición nacional de las obras de Menéndez Pelayo, se va convirtiendo en realidad a un ritmo bastante vivo: la publicación de todas las cartas conservadas de y a Menéndez Pelayo aporta un conocimiento sobre éste de primera magnitud. En cuatro o cinco años la colección puede llegar a su término, a pesar de que la obra completa alcanzará veintitrés o veinticuatro volúmenes para incluir más de doce mil cartas (todavía no se pueden precisar tales extremos, pues el material es muy amplio y nuevas cartas, ignoradas hasta la fecha, se añaden a las existentes).

No hace falta que insistamos en la personalidad de Menéndez Pelayo, quien poseía «la flexibilidad de una clara inteligencia, una gran integridad de carácter y una incorruptible conciencia despojada de toda vanidad», al decir del recientemente fallecido Pedro Sainz Rodríguez.⁴ Pues bien, su epistolario constituye una aportación extraordinaria que ha sido convenientemente apreciada por los investigadores. Para su editor, «lo que se transparenta en las cartas es siempre el hombre, el ser de carne y hueso, y este solo hecho, que tiene una infinidad de facetas, es el principal descubrimiento, sobre todo en un personaje como Menéndez Pelayo que ha sido traído y llevado de manera a veces desaprensiva e inmisericorde hasta convertirse en mito adorado por unos y denostado por otros. Impresiona ver al sabio que a vuela pluma, sobre la marcha y de corrido brinda informaciones complejas y juicios certeros sobre los temas más dispares; pero es también enternecedor sentir al mismo tiempo al hombre de increíble generosidad intelectual, de amplitud y liberalidad en trato y en ideas, capaz de reír y hacer bromas, de enamorarse perdidamente y de desesperarse por no ser correspondido, de gustar de la buena mesa y de la tertulia amigable. Muchos de estos aspectos, si no absolutamente desconocidos, no habían sido apreciados, puestos de relieve.»⁵

No es sólo el erudito montañés quien resulta beneficiado por el conocimiento que ofrece este epistolario, sino todos los que con él se cartean: son multitud los escritores —también de segunda fila— de los que aquí encontramos misivas que ayudarán a estudios o tesis doctorales que sobre ellos se preparen.

Espigar curiosidades en los tomos publicados es tarea placentera, pues los hallazgos son frecuentes y valiosos. Véase, por ejemplo, una cordial confesión por parte de Juan Valera de las diferencias políticas que le separaban de Menéndez Pelayo, con el escepticismo y la bonhomía de quien pasa por encima de tales desavenencias públicas para encontrarse unidos por la amistad y la común afición a las letras (al santanderino le acaban de elegir senador en representación de la universidad ovetense): «Ahora importa, en mi sentir, que Ud. se mezcle algo más en la política para que le tengamos pronto de Ministro y haga en Instrucción Pública mucho bueno que está por hacer. Siento que no estemos en el mismo partido político; pero ¿qué remedio? Y lo más tristemente chistoso es que estamos en opuestos partidos, no por ser opuestas nuestras opiniones e ideas, pues yo tengo la evidencia de que pensamos lo mismo en todo, sino

⁴ M. M. P.: Epistolario. Tomo I, pág. VI.

⁵ Comunicación de Manuel Revuelta al autor de este trabajo. Vid. YA, 25 de marzo de 1987.

por esto que llaman disciplina de los partidos, que nos tienen como alistados en una tropa o pandilla y regimentados a Ud., bajo la bandera y mando de Cánovas, y a mí, bajo la bandera y mando de Sagasta, lo cual, por mucho que estimemos a los tales caudillos, es incómodo y algo vejatorio» (abril de 1893; tomo XII, página 219).

O la insistencia de José María Quadrado por sacarle un prólogo para sus *Ensayos* (que le llegó por fin y que puede calificarse todavía como el estudio más completo y penetrante sobre su obra): «Crea V. amigo de mi alma, que me hago cargo de conciencia de contribuir en tanta parte á hacerle perder el tiempo; pero V. es tan bueno que si yo no le cojo otro le cojerá... una copla, un bocetito para mi album... y á ese paso, antes de llegar para la España la hora del juicio universal, antes de sonar las trompas estéticas, todos ya, quienes más, quienes menos, gozaremos de la bienaventuranza al arrullo del juicio particular» (septiembre de 1892, tomo XII, página 58).

O las dificultades que encontraba Pereda para que tomara fuerzas una novela que se había propuesto escribir (*Pachín González* o *Peñas arriba* son los libros posteriores a esta fecha, pero ¿podían resistirse hasta el punto que deplora su, por entonces, frustrado autor?): «Yo ando algunos días hace metido con pocos alientos y de mala manera en el empeño de una novela, no ya montañesa, sino montaraz, de entre lo más enriscado de la cordillera Cantábrica; pero el poco conocimiento que tengo de aquellas regiones y la consiguiente dificultad de circunstanciar sus cosas, unido a las contrariedades mecánicas que este taller me ocasiona a cada instante, son trabas que no me dejan andar al paso que yo acostumbro, ni con la seguridad que se necesita cuando se va derechamente a alguna parte» (noviembre de 1892, tomo XII, página 94).

Una correspondencia de este estilo, sostenida a lo largo de los años, puede ofrecer muchas luces sobre una personalidad en la que deseamos profundizar. Si el objeto de nuestro estudio es el propio Menéndez Pelayo encontraremos aquí la información más personal y constante referida a sus años de actividad, que en su caso se extiende durante casi cuatro décadas. En este tiempo raro es el día en que no escribe una carta, si no son dos o tres, en las que sin duda se deslizan detalles de su labor o algunas opiniones que resultan de utilidad. En las misivas de sus corresponsales (porque las suyas no siempre se han conservado con la misma sistematicidad) se halla la respuesta o el comentario a las palabras que les dirigió y, por tanto, puede reconstruirse asimismo esta «conversación» escrita. Se trata, pues, de una información espléndida sobre cada uno de sus pasos, trabajos y preocupaciones que en pocos escritores ha sido igualada y, entre los españoles, jamás superada.

2. Rubén Darío: un bohemio que archivaba todas sus cartas

El volumen epistolar del poeta nicaragüense Rubén Darío es también considerable. Aunque no se vuelca en las misivas que salieron de su pluma, porque suelen ser más bien cortas y, en general, no profundizan en los estados anímicos, sino que se limitan a informar sobre su situación y los problemas con que se enfrenta, es posible seguir a través de su correspondencia los avatares de tan asendereada existencia.

Lo que llama la atención en un primer momento —como ha puesto de relieve un estudioso de este material, Dictino Álvarez—⁶ es el aprecio que tenía por este medio de relación con los amigos y escritores de su tiempo. De una persona bohemia, enferma y constantemente en movimiento —sus viajes entre América y Europa, y de un país a otro, parece que no le dejaban respiro— cabría esperar que se hubiera dispersado semejante correspondencia, pero la sorpresa saltaba ante quienes, siguiendo sus pasos por España, se trasladaron al pueblecito abulense de Navalsauz. Allí, en la casa de quien fuera su compañera de muchos años y madre de su hijo Rubencito, se conservaba perfectamente ordenado en carpetas todo el arsenal epistolar (incluidas las copias de las cartas que dirigió a sus corresponsales).

Tan metódica disposición permitió a su fraternal amigo y editor de las obras completas, Alberto Ghirardo, recoger algunas de las más destacadas misivas para el volumen de epistolario que, con el número XIII, incluyó en su divulgada edición. Y permitió asimismo que Dictino Álvarez compusiera una tesis doctoral en torno a la biografía del poeta y los contactos con los intelectuales amigos, basada en los papeles inéditos que pusieron a su disposición. Tal archivo (unos siete mil documentos, en su mayoría cartas) fue donado por Francisca Sánchez al Estado a cambio de una pensión vitalicia que se encargó de tramitar el matrimonio compuesto por Antonio Oliver Belmás y Carmen Conde y trasladado por ellos mismos a Madrid el 25 de octubre de 1956, fecha singular porque coincidió con la concesión del premio Nobel de Literatura a un poeta español que también se carteaba con Rubén Darío: Juan Ramón Jiménez.

No conocemos una edición completa de todo este epistolario —lo que, sin duda, resultaría de utilidad a los numerosos estudiosos del máximo representante del modernismo—, pero estos papeles han sido repasados por sus biógrafos y anotadores de sus obras, porque en la mayoría de las ediciones actuales de sus libros aparecen referencias a explicaciones, confidencias o noticias que se contienen en las cartas. Ello denota el interés de que están dotadas y exigirían su publicación sistematizada en aras de la facilidad de su utilización. «Los biógrafos de Rubén Darío, a la luz de estos nuevos documentos, tendrán que rehacer su semblanza y retocar su perfil psicológico...», escribía alborozado Dictino Álvarez, deslumbrado por el hallazgo.

Han ido apareciendo epistolarios parciales que nos acercan al conocimiento de su personalidad y la de sus corresponsales, entre los que se encuentran Valle-Inclán, los hermanos Machado, Pérez de Ayala, Pardo Bazán, Alberto Insúa, Juan Ramón Jiménez, Unamuno, Villaespesa, Alejandro Sawa, Martínez Sierra y los amigos mallorquines Alomar, Alcover y Juan Sureda. De todos ellos es posible extraer datos y opiniones de valor.

Casi las primeras cartas en ser divulgadas fueron las cruzadas con don Miguel de Unamuno, no sé yo si en vida todavía del rector salmanticense. Durante muchos años las misivas de uno y otro buscaron las manos del amigo a quien se dirigían y, aunque al parecer no se encontraron jamás, el intercambio de opiniones les resultaba fructífero y les espoleaba en sus trabajos. Rubén Darío le escribe desde Madrid, desde París, des-

⁶ *Dictino Álvarez: Cartas de Rubén Darío (Epistolario inédito del poeta con sus amigos españoles)*. Madrid, Taurus, 1963.

de América. Le pide sus libros y le anuncia el envío de los suyos. Comentan artículos que se han leído (en la prensa argentina, sobre todo) y se incitan a responder a esto o aquello (contra esto y aquello habría que decir unamunianamente).

Y, sin embargo, el genio de los dos poetas chocó con un cierto estrépito, como se pone de manifiesto en las primeras misivas, allá por el último año del pasado siglo. Ambos cruzaron las armas, pero las palabras —las cartas, en este caso— aunque salieran airadas pueden trocarse en amistosas a poca buena voluntad que pongan los contendientes. Observemos la filigrana conceptual que dibuja Unamuno sobre el papel para dar paso a la amistad que en adelante quedará sellada entre los dos:

He de decirle, ante todo, que estoy conforme en cuanto en su artículo expone, y que creyendo tener yo razón creo que usted la tiene, cada cual la suya. Siempre me pasa que doy la razón a los que rebaten algún aserto mío. Quisiera pensar cada día de diferente modo, y reclamo el derecho a contradecirme. Lo que menos deseo es que los demás piensen como yo, porque acabaría por encontrarme solo en el mundo. Siendo cada cual como es, todos diferentes, y pensando según seamos, nos entenderemos mejor...

Las confesiones se sucederán después en este intercambio epistolar y algunas tendrán su importancia para entender al poeta de Nicaragua: «En cuanto a mí, le agradezco sus amables juicios, pero creo ser un desconocido suyo igualmente. Le confesaré, desde luego, que no me creo escritor americano... Mucho menos soy castellano. Yo, ¿le confesaré con rubor?, no pienso en castellano. ¡Más bien pienso en francés! O mejor, pienso *ideográficamente*; de ahí que mi obra no sea castiza. Hablo de mis libros últimos. Pues los primeros, hasta *Azul*, proceden de innegable cepa española, al menos en su forma» (1899).

Así podríamos continuar con una selección de párrafos significativos, porque los hay en abundancia, sobre todo por parte de Unamuno, quien siempre, con unos y con otros, se vertía torrencialmente en las cartas. Por otros corresponsales llegamos al conocimiento de ciertos detalles, no menos significativos de su bohemio comportamiento. Alejandro Sawa, por ejemplo, le reclama en una ocasión (1908) el pago de ocho colaboraciones que escribió a petición de Rubén Darío y que éste publicó con su firma en el diario *La Nación*, de Buenos Aires. «No te extrañe que en caso de insolvencia por tu parte lleve el asunto a los Tribunales y dé cuenta a *La Nación* y a tu Gobierno de lo que me pasa —le amenaza Sawa—. Yo lo haré todo y lo intentaré todo por rectificar esas anomalías de su conducta». Hubo acuerdo, al final, y no debió guardarle rencor el nicaragüense, puesto que después continúa aceptando sus sablazos y escribió el prólogo a su libro póstumo *Iluminaciones en la sombra*.

En otros epistolarios, de autores coetáneos suyos, encontramos también curiosas referencias a su persona y obra. Juan Valera demuestra el interés que siente por él —una crítica suya al libro *Azul* había contribuido a darle celebridad en la península— en las misivas que se cruza con Menéndez Pelayo. En el verano de 1892, cuando Rubén Darío visita España como secretario de la delegación que su Gobierno envía para los actos conmemorativos del cuarto centenario, Valera le aguarda con ilusión, como confiesa en una carta: «Rubén Darío, tal vez el mejor y más original autor que hay ahora en América, está ya en España. Supongo que estará viendo ciudades y aún no habrá venido a Madrid, pues o hubiera acudido a verme a mi casa o yo, que le he buscado por

las fondas, hubiera ya dado con él» (agosto de 1892). Más piropos en una carta del mes siguiente: «Rubén Darío, de cuyo poderoso y originalísimo ingenio me convenzo más cada día... Ni afectación, ni esfuerzo, ni prurito de remedar, porque todo en Darío es natural y espontáneo, aunque primoroso y como cincelado».

Es curioso contrastar tales lindezas como le dedica (y no directamente, por lo que no puede tratarse de un halago interesado) con otras páginas escritas de su mano, que no resultan tan favorables para el estro poético del nicaragüense. A Salvador Rueda le aconseja que se aparte de los propósitos a que le induce Rubén Darío en el prólogo de su libro *En tropel*: «Huya de las *bacantes modernas* que despiertan las *locas lujurias*; no busque los labios *quemantes* de *humanas sirenas*, arroje al suelo el yelmo de acero, el *bronceo olifante* y todos los demás trastos que su amigo le regala...» ¿No habíamos quedado que no había afectación ni esfuerzo en los versos de Rubén Darío, sino que todo era natural y espontáneo?

Aludamos, por último, a una muestra más de predilección hacia el género epistolar por parte de nuestro poeta: las cartas líricas que dirige a varios amigos y que se contienen en un volumen de sus obras completas⁷. Son las epístolas que dedica a Juan Montalvo, Emilio Ferrari y Ricardo Contreras.

Pero hay más: en *El canto errante* se incluye la «Epístola a la señora de Leopoldo Lugones», que constituye una verdadera carta en verso, en la que le da noticia de sus andanzas y del estado anímico en que se encontraba durante una temporada especialmente ingrata en la que hubo de buscar el sosiego que secularmente proporciona la «isla de la calma», Mallorca.

Me recetan que no haga nada ni piense nada,
que me retire al campo a ver la madrugada...

pero tiene que ganarse la vida, porque el médico que le aconseja descanso para su neurastenia hubiera hecho mejor en recetarle un libro de cheques del *Crédit Lyonnais*,

y envíe un automóvil devorador del viento,
en el cual se pasea mi egregio aburrimiento.

La visión de la mayor de las Baleares es colorista, cariñosa e intimista: una de las mejores descripciones poéticas que se le han hecho, al tiempo que ofrece toda la información sobre el reposo que ha venido a buscar en este invierno de 1906.

3. Miguel de Unamuno: una pasión que se transmite en las cartas

Ese fuego con que parecen estar escritas la mayoría de las obras de Unamuno crepita con el mismo ardor en las comunicaciones privadas. No era pose, en absoluto: el genio que llevaba a sostener posiciones beligerantes —a veces contradictorias— y que le mantuvo en tensión casi hasta el momento de su muerte surge con fuerza en los escritos periodísticos, en la actividad académica, en sus tomas de posición política, en variados

⁷ *Rubén Darío: Obras completas, ordenadas y prologadas por Alberto Ghirardo y Andrés González-Blanco. Tomo II: Epístolas y poemas, 1923-1929.*

episodios de su polémica existencia. Nunca expresa aquiescencia pancista: hasta en un acto popular, donde todos suelen lanzar panegíricos encendidos y amables, como fueron los Juegos Florales de la Lengua Vasca (1901), hubo que escucharle una opinión sobre el vascuence muy distinta de las loas que organizadores y simpatizantes estaban acostumbrados a oír.

Naturalmente, ese ímpetu lo trasladaba de igual modo a las cartas. Son escritos largos, profundos, que descubren girones de su alma y que desafía las conveniencias y los oportunismos. No se calla cuando cree tener razón, aunque su educación consienta concesiones (lo hemos visto en el encontronazo que dio origen a su correspondencia con Rubén Darío y que a partir de ahí transformará las prevenciones en cordial amistad). Casi siempre se expresa torrencialmente y no hay contención para las alabanzas a lo que admira ni para los denuestos a lo que rechaza.

Muchas de las misivas de Unamuno se han ido publicando, desde una hora bien temprana. Las han recogido Carmen de Zulueta, Sergio Fernández Larraín, José Ramón Arana (las de Antonio Machado), Blanco-Fombona, Angel Marcos de Dios (corresponsales portugueses), amén de otros a los que nos vamos a referir por extenso. Pero carece Unamuno de una edición completa y anotada de su extenso y riquísimo epistolario. En su Casa-Museo de Salamanca deben conservarse todavía una buena porción de inéditos.

No es fácil escoger los párrafos más significativos, porque cada uno de ellos es revelador de una singular manera de ser, un caudal de informaciones sobre sus actividades y un posicionamiento ante las graves cuestiones que sacudían su ánimo, ya que nada parece que le dejara indiferente.

En la correspondencia con Francisco Giner, no édita hasta entonces y que comenta Gómez Molleda⁸, se recoge el intercambio efectuado en la primera etapa rectoral del primero (1899-1914), donde se ofrecen las claves de la labor académica y social que se había impuesto, al tiempo que comenta otras actividades de esta época (por ejemplo, su temporal adscripción al socialismo), tal como iba confesando a su amigo Pedro Múgica. En una de ellas efectúa afirmaciones como las que siguen:

Soy socialista convencido, pero, amigo, los que aquí figuran como tales son intratables, fanáticos, necios de Marx, ignorantes, ordenancistas, intolerantes, llenos de perjuicios de origen burgués, ciegos a las virtudes y a los servicios de la clase media, desconocedores del proceso evolutivo, en fin, que de todo tienen menos de sentido social. A mí empiezan a llamarme místico, idealista y qué sé yo cuántas cosas más. Me incomodé cuando les oí la enorme barbaridad de que para ser socialista hay que abrazar el materialismo. Tienen el alma seca, muy seca, es el suyo socialismo de exclusión, de envidia y de guerra y no de inclusión, de amor y de paz. ¡Pobre ideal!, en qué manos anda el pandero. (1895).

No menos interesante es el contenido de las cartas de Unamuno que volaban hasta la residencia del joven José Ortega, en Madrid y en Alemania, que han vuelto a publicarse ahora en una edición prácticamente definitiva⁹. «Ay querido Ortega! si viese usted qué tristezas, qué desengaños, qué desdenes se me van posando en el alma? Quiéren hacerme político!!! Ir ahí, a Madrid? A ese indecente, a ese bochornoso, a ese indo-

⁸ Dolores Gómez Molleda: Unamuno «agitador de espíritus» y Giner. Madrid, Narcea, 1977.

⁹ Epistolario completo Ortega-Unamuno. Edición de Laureano Robles. Madrid, Ediciones El Arquero, 1987.

lente, a ese repulsivo Madrid? A esa cueva de políticos, estetas, chulos, pedantes, cómicos y periodistas?» (1908). «Chapúcese en su cristianismo originario español, por ilógico y caótico que sea —le aconsejará en 1911—, y lávese en él de toda filosofía saducea que tiende a borrar el único problema, el único! Memento mori!».

De este tenor es la comunicación que establecieron aquellos dos sabios y amigos, a pesar de la edad, entre 1904 y 1933 (son las fechas extremas en las cartas conservadas). Comentarios de actualidad, noticias personales, consultas y disquisiciones filosóficas: un centón de datos de interés y de valiosas opiniones sobre cuestiones y personas bien diversas.

Las últimas cartas de su vida, las que escribió en los meses transcurridos desde el levantamiento militar contra la República hasta el día de su muerte, ocurrida el 31 de diciembre de un año tan infausto como el de 1936, descubren todo el dolor con que agonizó, más que vivió, en este tiempo. Y, también, los contradictorios sentimientos que le invadieron, que si bien no los escondió en escritos y declaraciones públicas, es en las misivas personales donde se ponen de manifiesto con mayor relieve.

González Egido ha rastreado su actividad en tales meses¹⁰ y descubre textos epistolares que revelan un estado de ánimo sacudido por la tormenta atroz que se abatió sobre España y que aventó vidas y esperanzas. En cada momento dice de corazón lo que piensa y siente. El 10 de agosto proclama su apoyo a los nacionalistas en carta a un socialista belga: «No me abochorna confesar que me he equivocado. Lo que lamento es haber engañado a otros muchos. De esto quiero dejar constancia y si entraña una humillación, la aceptaré». Pero en el mes de diciembre, desengañado y hundido, prácticamente en arresto domiciliario, su postura es beligerante contra la represión que se desencadenó en la zona franquista y la expresa abiertamente a los amigos, desafiando la censura impuesta sobre el correo: «Qué cándido y qué ligero anduve al adherirme al movimiento de Franco, sin contar con los otros, y fiado —como sigo estándolo— en este supuesto caudillo (...). Así nunca llegará la paz verdadera. Vencerán, pero no convencerán, conquistarán, pero no convertirán».

¡Qué terribles confesiones, una y otra, para este anciano, que sigue escribiendo las apasionadas cartas de siempre, cuando ya se encuentra a pocos días de su muerte!

Estos sentimientos que inundaban su alma y necesitaba desfogar en las cuartillas, no llegaron a los libros ni a los artículos de prensa. No los pudo volcar en ningún discurso ni se escucharon en ninguna de sus clases. Los confió al correo para que sus entrañables amigos supieran de verdad lo que pensaba, lo que ardía en sus entrañas.

Gracias a que escribió tales cartas y a que personas queridas conservaron como un tesoro tales desahogos, hoy conocemos los testimonios más íntimos de su pensar y sentir.

Éste es el valor de las cartas, de todas las cartas. De ahí la necesidad de conservarlas y de estudiarlas para llegar al más amplio conocimiento de quienes un día se confesaron ante las humildes y receptivas cuartillas.

Juan Cantavella

¹⁰ Luciano González Egido: *Agonizar en Salamanca. Madrid. Alianza Editorial, 1986.*